

## ACTUALIDAD DE LOS SECTORES JUDIOS OPUESTOS AL SIONISMO

En el conjunto de los múltiples problemas que componen la llamada «Cuestión del Oriente Medio», los primeros meses del corriente 1973 estuvieron dominados por las impresiones de las nuevas posibilidades apuntadas por las iniciativas para intentar lograr una paz, o un comienzo de paz para poner fin a la inquietante provisionalidad que viene durando cerca de seis años. Entre dichas iniciativas volvieron a ser uno de los factores primordiales las posiciones y los planes del presidente Nixon y sus principales colaboradores. Después de haber entrado en fase de liquidación la guerra de Vietnam, el logro de alguna solución en el sector mundial donde Israel sigue en actitud bélica frente a todos sus países vecinos, resulta uno de los empeños más necesarios para el logro de una efectiva tranquilidad mundial. Con todo esto se ha visto una vez más que en aquella región del Mediterráneo Oriental y sus prolongaciones, las influencias de las grandes potencias siguen predominando y presionando (sea en sentido positivo o negativo) sobre las de los pueblos locales; y también sobre las de la ONU, puesto que nunca se ha puesto en ejecución la famosa resolución del 22 de noviembre de 1967, que constituía el principio de una acción efectiva.

Un factor previo muy destacado en la segunda mitad de febrero fueron las informaciones de la prensa de Beirut acerca de que varios Estados árabes del Cercano Oriente habían dado el visto bueno a una sugerencia oficial de Washington, en el sentido de que Henry Kissinger actuase como mediador en una gestión oficial estadounidense entre Israel y sus vecinos. Al parecer, en la capital de Arabia Saudita, tres enviados especiales de la Casa Blanca sostuvieron conversaciones exploratorias con dirigentes del país, los cuales representaban a otros gobiernos árabes. En realidad, se decía que el éxito obtenido por el consejero presidencial estadounidense, Henry Kissinger, respecto a la paz vietnamita, así como el hecho de ser de origen judío, pero serenamente objetivo, le conferían posibilidades especiales para poder actuar respecto a los gobernantes de Israel con mayor eficacia que los mediadores anteriores.

Otro hecho interesante simultáneo al de las iniciativas oficiales de la Casa Blanca, era el de que Israel (acaso por vez primera en su evolución desde el año 1948) se ve obligado a sentirse en varios aspectos, si no *solidario* por lo menos envuelto en varias circunstancias semejantes a varios de algunos de los países arábigos que le rodean. En cierto modo los creadores de Israel, que proceden en su mayoría de Europa Occidental y Central, y que llegaron a Palestina con una mentalidad nórdica y modo de vivir cerrado y exclusivista sobre sí mismos (un modo procedente de varios siglos de vida reconcentrada en *ghettos* separados) se encuentran ahora con que el Estado israelí es realmente un país del Cercano Oriente, y tiene que desenvolverse dentro del cuadro vital de dicho Oriente.

Después de la guerra de junio de 1967, Israel ha venido teniendo como principal recurso económico e incluso político el de las cuantiosas cantidades de dinero procedente de Norteamérica; tanto en subvenciones oficiales, préstamos y otras aportaciones en material, como en dinero recaudado por ayudas de las numerosas colectividades de judíos que son ciudadanos norteamericanos. Pero tanto los fines pacifistas logrados por Nixon en su actual etapa presidencial (impulsándole a intentar resultados análogos en la solución de la crisis del *Mideast*) como otros factores inesperados y circunstanciales (entre los cuales la baja del dólar), tienden a obligar a que los gobernantes de Tel-Aviv y la ocupada Jerusalén hayan de ir buscando nuevos factores de sostenimiento dentro del sector geopolítico y geoeconómico de las regiones del Este mediterráneo en la que Israel ha sido incrustado.

Hay otros dos factores indirectos, no relacionados con la política internacional, pero muy acuciantes durante el paso desde el año 1972 al 1973. Uno de ellos la crisis económica. El otro ha sido definido como *diáspora del desencanto*.

En la crisis económica israelí (en especial entre noviembre de 1972 y febrero de 1973) han actuado sobre todo los dos factores del alza de precios y la mala situación agrícola. Además, las consecuencias de una concentración de la mano de obra judía especializada, que en gran parte está retenida, año tras año, por la constante movilización militar masculina y femenina. Todo esto ha venido produciendo huelgas (parciales pero constantes) entre ingenieros, personal de los hospitales, los puertos, servicios de transportes, estudiantes y otros sectores juveniles, etc. En la agricultura (que tiene una producción reducida y casi *de lujo*, o sea asegurada por expor-

taciones muy protegidas) han obrado los dobles efectos de sequías y de heladas que han destruido el crecimiento de las semillas de invierno.

En cuanto a la aludida *diáspora del desencanto*, esa denominación es sin duda exagerada, pero evidentemente se refiere a hechos reales. Uno de ellos es que a pesar de que Israel están llegando núcleos de judíos soviéticos introducidos por cuenta del Estado sionista (con evidentes significados propagandistas), esa afluencia de nuevos inmigrantes pomposamente recibidos por las autoridades israelíes, coincide con otros factores en sentido contrario. Por ejemplo, el que en enero señaló la revista *Time Magazine* de que en Viena se estaba formando un sector de regreso a la URSS de judíos rusos; que se iban de Israel alegando muchos motivos de inadaptación o de disgusto, respecto al encuentro con el país sionista, que no es, ni mucho menos, lo que ellos creían. Y en la misma revista también se decía que el 90 por 100 de los ciudadanos estadounidenses de religión judía que habían ido a instalarse en Israel se volvían a Norteamérica.

Uno de los motivos de las objeciones que alegan muchos de los *desencantados* después de volverse de Israel, consiste en lo que ellos califican de discriminación racista. Esta es evidentemente no sólo un inconveniente de la vida social interna israelí o israeliana, sino que asimismo representa una flagrante contradicción con los principios de unión entre los judíos o hebreos de orígenes distintos; principios que figuraban en los programas iniciales de quienes dieron forma al Estado y la nación de Israel en 1948. En este sentido, la mayor crisis humana ha venido siendo la del trato de inferioridad que se da a los hebreos de lenguas española y árabe; es decir, los sefardíes genuinos, y los otros, que antes se conocían a veces como *forasteros*. Unos y otros son englobados bajo el mote de *orientales*, en la jerga oficial de los gobernantes israelíes.

Cuando en marzo de 1971 se produjeron en el barrio Musrara en Jerusalén las primeras protestas callejeras de los jóvenes hebreos de orígenes norteafricanos que tomaron el sobrenombre de *panteras negras*, lo hicieron porque consideraban que el modo de la existencia cotidiana a la cual se veían obligados por las normas de la sociedad israelí, era semejante al estado de humillación de los negros en Norteamérica. La misma frase *panteras negras* aludía también a que las primeras generaciones de los creadores y dirigentes que hicieron surgir Israel, eran sobre todo procedentes de Rusia, Polonia y Alemania; y sintiéndose más  *europeos*  que nada, se proclamaron ellos mismos como  *judíos blancos* . Cuando en posteriores afluencias inmigratorias

Israel recibió hebreos llegados de Marruecos, Tunicia, Libia, Egipto, Siria, Turquía, Grecia, etc. (e incluso España y Francia), los jefes de Israel los han tratado como *judíos negros*. Aunque en conjunto los sefardíes y orientales sean genuinamente blancos mediterráneos.

Los *panteras negras* fueron después más o menos reprimidos y despidados por las acciones y gestiones del poder central de Golda Meir y sus colaboradores. Pero el ejemplo de ellos comenzó a cundir entre otros grupos de jóvenes del sector de los judíos apodados *europesos*. Sobre todo entre muchachos y muchachas de los llamados *sabras*, es decir, judíos nacidos y criados en Palestina, que se sienten palestineses en un sentido territorial.

El caso de quienes iniciaron la protesta sefardí mostró que grandes núcleos de habitantes judíos de Israel viven bajo unos *procesos de enajenación* y unas exclusiones que ofrecen muchas semejanzas con las que dentro del mismo Israel inicial y de los territorios ocupados desde la guerra de mayo de 1967 sufren los habitantes árabes. Esto hace que hayan ido surgiendo entre núcleos de hebreos de varias clases, así como entre musulmanes, cristianos y laicos de orígenes árabes, varios grupos de resistencia o de protesta contra el régimen oficial que gira en torno a Golda Meir, Moshé Dayan, Abba Eban, y los partidos que predominan en el Parlamento, o Kuesset.

A los diversos grupos de protesta activa se los ha calificado en prensa de lengua francesa como *Nouvelle gauche*. Sus sectores principales son el «partido Rakah», y el «movimiento Matzpen». El primero sigue la línea de una especie de comunismo disidente y combatiente contra la tesis sionista del Estado de Israel. En cuanto al Matzpen sigue una línea de protesta con formas socialistas, y aunque no están contra el sionismo tan tenazmente como el Rakah, proclaman, sin embargo, que el Estado de Israel tiene una forma *colonialista y reaccionaria*.

Junto a este doble sector de protestatarios está el «más moderado» de los solamente disconformes; es decir, aquellos que reconocen públicamente las bases de la existencia del Estado israelí, e incluso toman parte en sus actividades parlamentarias. Son sobre todo los del grupo *Haolam Hazé* (*Fuerza Nueva*), que dirige el diputado independiente Uri Avnery. Y también algunos dirigentes sueltos de uno de los partidos del actual bloque gubernamental, o sea el del Mapám.

Hasta ahora ninguna de las oposiciones había llegado hasta la violencia. Pero el complot descubierto en Tel Aviv el 12 de diciembre de 1972, y sobre el cual el proceso de los siete principales acusados se inició el 12 de

febrero de 1972, surgió inesperadamente, y fue considerado como posible iniciación de una nueva etapa dentro de la evolución interna de la problemática de Israel. Se denominó *complot de los sabras* por el origen de cuatro de sus organizadores. En total fueron detenidos unos cincuenta acusados (entre árabes y hebreos), aunque el proceso de febrero fue sólo contra seis. Los hebreos Dan Vered y Ehud Adiv. Los árabes Daud Turki, Subji Naarin, Anis Caragüi y Simón Haddad.

Al abrirse el proceso contra los seis en Haifa el día 25 de enero, el edificio del tribunal estaba rodeado de importantes núcleos de policía armada; porque se temía que aparecieran núcleos de manifestantes de los diversos sectores de la oposición. Una de las inculpaciones hechas contra los acusados fue que tenían el propósito de matar a Moshé Dayan, como figura simbólica del empeño oficial israelí en volver a las guerras y a las conquistas. También se les acusó de contacto con los sectores del espionaje y contraespionaje de Siria. En todo caso pudo determinarse que los organizadores del referido *complot de los sabras* habían formado un grupo de acción para unir a *jóvenes semitas* de varias clases, un grupo denominado *Frente rojo*.

Entre las diversas circunstancias previas que habían contribuido a estimular su actuación figuraban los tres antecedentes siguientes: Primero, el hecho de que va disminuyendo la superioridad total del ejército de Israel; por lo cual sus gobernantes deben iniciar con los Estados árabes una paz negociada en mutuo provecho. Segundo, el antecedente de la crisis económica creciente aconseja que Israel se abra todo lo posible hacia los países que le rodean. Tercero, el rumbo que la OLP (Organización de Liberación de Palestina), o sea el organismo en cierto modo *oficial* de los núcleos de la resistencia árabe palestina, ha acentuado para pedir una Palestina unitaria, dentro de la cual coexistiesen las gentes de distintas razas, culturas y religiones.

Respecto al complejo territorio israelí palestino los diversos sectores de jóvenes descontentos consideran que son un obstáculo común los distintos gobernantes personalistas y violentos (es decir, tanto Moshé Dayan al lado Oeste del río Jordán, como el Rey Hussein al lado Este). Pero también hacia fuera del referido complejo, el proceso contra los acusados de Haifa ha revelado un dato muy curioso de sentido internacional. Es el de que (según el diario *Jerusalem Post*) el líder del *Frente rojo* era Ehud Adiv, el cual había sido directamente influido y había tenido contactos personales

con Daniel Cohn Bendit, cuando éste estuvo en Israel hace tres años. Daniel Cohn Bendit es la misma famosa personalidad que destacó en los sucesos universitarios de París en mayo de 1968.

Esto simboliza que entre un sector destacado de los estudiantes, los obreros, los antiguos miembros de los Kibuz tradicionales, etc., israelíes, tiende a no admitirse el racismo estrecho que viene caracterizando los programas oficiales del Estado israelí, gobernado sólo por una minoría oligárquica. El *judáismo de ghetto* de los gobernantes sionistas de Israel es incompatible con el amplio *judáismo universalista* en el cual destacaron nombres como los de Einstein, Bergson, Freud, etc., y hoy hay otros como el del profesor Herbert Marcuse (del cual como es sabido procede el movimiento en que destacó Cohn Bendit).

Además de los sectores juveniles que protestan ruidosamente o con planes secretos, hay intelectuales y profesionales maduros que se han apartado de la aceptación de las normas gubernamentales que centraliza Golda Meir. En enero, el autor teatral Hanok Levine rechazó el premio del presidente de la República, que es la más importante distinción literaria del país, porque el Jefe del Estado, Zalman Chazar, había hecho presión contra el jurado, estimando que aquella obra (satírica) criticaba los principios básicos de la vida social israelí. También ha sido oficialmente censurado otro autor teatral, el dramaturgo Amón Kenan, por haber escrito una obra titulada *Jesús tal como le ven sus amigos*, y donde hacía ver que Cristo fue crucificado por predicar ideales de paz y de justicia.

Hay también desde el año pasado un sector de opinión que en lo general de los asuntos israelíes de temas puramente judíos no se opone al bloque gubernamental, pero en cambio cree que es erróneo el sistema de utilizar la fuerza para contrarrestar a la resistencia que existe entre muchos núcleos árabes de las zonas ocupadas. Según el diario hebreo de Tel Aviv *Haaretz*, el 1 de diciembre de 1973 el resultado de una encuesta dio casi un 56 por 100 de opiniones contrarias al contraterror oficial.

La acción más tenaz y constante en este sentido es la que viene ejerciendo (desde el año 1935) la Liga Israelí para los Derechos Humanos y Cíviles, que tiene su sede en Tel Aviv. El Dr. Israel Shahak es su presidente desde 1970. La Liga fue creada en tiempo del Mandato británico, para proteger a los presos políticos que entonces había, tanto judíos como árabes. La época de mayor actividad comenzó después de la guerra de mayo de 1967; pues muchos ciudadanos israelíes destacados no estaban de

acuerdo con que se maltratase a la población árabe. La Liga tiene actualmente cerca de un millar de miembros, con un ejecutivo de trece personas. Hay dos vicepresidentes: uno judío y otro árabe. Dicha Liga está afiliada a la Internacional para los Derechos Humanos (que tiene su sede en Nueva Jersey). La Liga de Tel Aviv actúa para ayuda o defensa de cualquier persona cuyos derechos sean violados u oprimidos. Aunque su labor sea difícil, pues en muchos casos tropiezan con la hostilidad de funcionarios gubernamentales.

Otro sector de elementos judíos israelíes que son sionistas y en general partidarios del Estado israelí, pero contrarios a la política de sus gobernantes en lo que respecta a actuaciones en perjuicio de los árabes de las zonas ocupadas en 1967, es el de los intelectuales sueltos, que invocan la necesidad de no sembrar odios que impidan una necesaria convivencia entre pueblos que están destinados geopolíticamente a vivir más o menos entremezclados. Desde abril de 1970 viene siendo en este sentido un antecedente siempre citado el de seis catedráticos de las universidades de Jerusalén y Tel Aviv, que fueron interrogados por la revista norteamericana *Newsweek*. Eran los profesores Patinkin, Shamir, Bruno, Tversky, y los señores Benvenisti y Benporat. Todos ellos coincidieron en reclamar necesaria la evacuación de las tierras ocupadas en 1967, y la instalación en parte de ellas (sobre todo Cisjordania) de una «entidad árabe-palestinesa independiente».

En el verano de 1972 y en la revista parisiense *Le Monde Diplomatique* un experto en temas israelíes (Kapeliouk) daba cuenta de que parte de la población intelectual judía de Israel rechazaba la acción oficial de colonización forzosa, con la instalación de Kibutzin militares en Cisjordania, el Golán sirio y el Sinaí egipcio, Kapelink decía que la discusión sobre la implantación de dichas colonias en territorios ocupados se desarrollaba principalmente entre israelíes. Y que «ses formes les plus spectaculaires sont des manifestations de protestation».

En febrero del corriente 1973, después del trágico episodio del ataque y destrucción de un avión civil libio de pasajeros por cazas israelíes, en la prensa parisiense más autorizada, y en órganos de expresión francesa del Cercano Oriente, se dio cuenta de la reacción producida en ciertos órganos de prensa israelíes que criticaron el comportamiento de sus militares; no sólo por el ataque al Boeing libio, sino en la política israelí interna y diaria.

Por ejemplo, el diario *Maariv* criticaba lo que llamaba «la dictadura militar sobre las cuestiones de información, en el dominio de la seguridad»,

y decía: «el mundo no está únicamente poblado de israelíes nacionalistas fanáticos, prontos a aceptar sin comprobación los comunicados del portavoz del ejército».

De todos modos, y respecto a los efectos próximos que puedan llegar a producir la existencia de los diversos núcleos más o menos disconformes existentes entre la población judía de Israel, habrá que esperar a tener en cuenta los resultados de las elecciones parlamentarias que se celebrarán en el otoño. No se espera que alcancen muchos puestos los grupos y partidos opuestos al Gobierno. (Y más o menos proárabes.) Pues aunque dichos grupos son tan diversos, por lo mismo se encuentran demasiado disgregados. La pugna principal estará dentro de la misma coalición oficial, donde se enfrentarán los dos conocidos sectores de los halcones y los palomos. Estos últimos, agrupados alrededor del actual viceprimer ministro, Ygal Allon, y el de Hacienda, Pinhas Sapir. Los halcones, subdivididos a su vez entre las dos ramas que encabezan Golda Meir y Moshé Dayan.

Tanto en estos dos sectores, que vienen acaparando los puestos del Estado israelí, como entre los grupos más o menos disconformes o recelosos, vienen presionando varios factores de prisa. Uno de ellos el de la artificialidad de los recursos que sostienen a Israel, el cual desde hace años no obtiene beneficios suficientes ni de su agricultura, ni de su industria, ni de su comercio, sino que vive de las enormes sumas de cientos y cientos de millones de dólares obtenidos del apoyo directo de Washington, y de las aportaciones procedentes de ricas comunidades israelitas en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Sudáfrica y otras partes. Pero hay nuevos hechos que modifican ese panorama. Por ejemplo, la baja monetaria del dólar en el mundo. Y las necesidades de las compañías petrolíferas estadounidenses que necesitan de las amistades árabes para continuar con sus negocios.

En cuanto a lo local del mismo Israel se notan factores de estrechez como los de la sequía, que los ha aquejado en el paso del 1972 al 1973, y que ha sido de enorme gravedad; hasta el grado de haber estado a punto de agotar las aguas del lago Tiberíades, que es la única reserva hidráulica.

Cada vez parece más evidente que el porvenir de Israel depende sobre todo (al menos a nivel humano) de poder dejar de ser *un fenómeno aislado* en medio del Cercano Oriente en el cual está incrustado.

Cuando en febrero pasado, el rey Hussein de Jordania fue a Washington para entrevistarse con el presidente Nixon, dijo en una entrevista de prensa, que fue televisada: «Israel tendrá que decidir si deberá formar parte del



mundo compartido por sus vecinos, o constituir una fortaleza en medio de un mar de odios.»

Después de Hussein, cuando fue Golda Meir la que se entrevistó con Nixon, incurrió en unas curiosas contradicciones al pedir por una parte más dinero para armamentos, y decir por la otra (en su discurso ante el Club Nacional de Prensa de Washington) que el Gobierno israelí «estaba ansioso de comenzar contactos sin condiciones con los gobernantes de Egipto, Siria y Jordania, para llegar a un acuerdo de paz permanente en la región». Esto ha sido comentado en el sentido de que si efectivamente los dirigentes oficiales de los diversos Estados del Cercano Oriente pudiesen negociar más o menos secretamente (al estilo de la pausada diplomacia del siglo xviii) argumentándola sin escándalos ni exceso de información pública, podría llegarse a algo positivo. Pero en el Cercano Oriente ningún Jefe de Estado ni de Gobierno puede ahora ir en contra de las corrientes más extremistas y violentas de sus pueblos y de sus respectivos regímenes. Como lo demuestra el hecho de que, por ejemplo, dentro del movimiento de resistencia árabe-palestinés los dirigentes de la OLP (Organización de Liberación Palestina) no hayan conseguido imponer una conducta planificada a sus elementos juveniles menos coherentes.

RODOLFO GIL BENUMEYA

